

EDITORIAL

DISCURSO DEL DOCTOR LUIS ALFONSO VELEZ ACTO ACADÉMICO, Medellín, 30 de Junio de 1993

Sólo la excesiva magnanimidad de los Miembros del Consejo Superior del Instituto, puede explicar la razón del título que se me otorga. Confieso que me siento abrumado con tal generosidad y que estoy seguro de no merecerlo.

El recibir el diploma del Instituto de Ciencias de la Salud "CES", no sólo me honra sino que crea en mí un vínculo más con esta querida Institución.

Fue fortuna haber participado en la fundación del CES y contribuir a su desarrollo. En esto, hay mucho de ustedes y de otros que hoy están ausentes.

Siempre mi vida, esté en cualquier lugar, estará ligada a este claustro y sus triunfos y logros serán para mí motivo de alegría.

Hace veintisiete años, en el Paraninfo de la Universidad de Antioquia, en la vieja Plazuela de San Ignacio, recibí el título de Médico. Universidad centenaria y munífica, me enseñó el saber y el amor para aliviar el sufrimiento del ser humano. Llegué a sus claustros cuando era joven y allí se me dió una ciencia que comenzó hace más de dos mil años (2.000) en la pequeña Isla de Cos.

En mi Alma Mater fui luego parte del cuerpo de profesores; en sus aulas dicté mis primeras clases magistrales y en las salas de Medicina Interna del Hospital San Vicente pasé las rondas docente-asistenciales.

Ahora el Instituto, universidad joven, me otorga este título. Aquí llegué en la edad media de mi vida, lleno de ánimo y entusiasmo; me tocó plasmar algo de su fisonomía física y espiritual. Tuve la satisfacción de graduar, como Decano, quinientos treinta y siete profesionales, los cuales recibí como adolescentes en el primer semestre, asistí a los cambios en su mente y en su cuerpo, y los vi salir con una personalidad humana y médica.

Imborrable será el cúmulo de experiencias vividas en estos claustros, igual que las personas que me acompañaron en esta amable tarea espiritual.

Ahora que me apresto a vivir una nueva etapa, veo la Medicina no como una ciencia, sino como un quehacer existencial que debe ejercerse más con el corazón que con la mente.

Comprendo que el mejor alivio que puede dar un médico a su paciente, es la palabra; la logoterapia de que hablaban los griegos.

Pienso que el ser humano no tiene un cuerpo y un alma sino que es un cuerpo espiritualizado o un espíritu encarnado y que una célula del túbulo renal tiene el principio de animación de todo el ser humano.

Que el hombre no termina en su piel sino que es un microcosmo en un macrocosmo. Que dentro de él hay estrellas y galaxias. Que el hombre será más humano mientras más se identifique con la tierra, el aire, el agua y el fuego.

Ahora creo que el sufrir humano es simplemente una nostalgia de Absoluto, que no se termina sino cuando el hombre dice: "Yo soy Tú".

Que el médico debe ayudar al enfermo, tomándole la mano y muchas veces permaneciendo en silencio.

Que debe asombrarse cuando asiste un parto o hace una autopsia, porque tan nobles son las leyes de la generación como las de la destrucción.

Si volviera a ejercer la medicina sería más humilde, más silencioso, más bondadoso. Menos sabio, menos arrogante.

Pasé toda mi vida profesional en las aulas universitarias practicando la noble profesión de maestro.

He sembrado una semilla que florecerá aunque muchas veces no lo vea.

Y si volviera a enseñar sería más temeroso de no interferir el proceso interior que se da dentro de cada alumno. Les enseñaría a los discípulos a descubrir la verdad que alumbra dentro de ellos.

Con razón cuando un general griego preguntaba a los persas cómo era la educación que impartían a sus hijos, ellos le respondían: "Sólo les enseñamos a decir la verdad y a montar a caballo".

En estos momentos, me apresto a seguir trascendiendo. A hacer realidad lo enseñado por mi maestro Fernando González, cuando dice: "Vive tus vivencias hasta llegar a la Nada de este mundo y así lo trasciendes y pasas a otro. Para pasar de un mundo a otro más real o íntimo hay que desnudarse en absoluto hasta la nada".

Quiero pues, trascender la ciencia, la filosofía para encontrar el saber silencioso y callado de la sabiduría. "La música callada, la soledad sonora". Deseo decrecer, porque a la perfección no se llega sumando sino restando.

Pretendo adquirir ese saber quieto que los romanos llamaban otium y sólo se obtiene con el corazón y no con el raciocinio. Ocio que es el más productivo de todos los quehaceres.

Intento penetrar en la soledad que no es aislamiento y en el silencio que no es ausencia de comunicación.

Todo esto es necesario para entrar en contacto con la Realidad Fundamental. De ahí que Teilhard de Chardin con sobrada razón dijera que "los místicos son los más realistas de los hombres". Es preciso amar para poder vivir después de haber muerto. "Si el grano de trigo no muere, nunca dará fruto".

Es por lo dicho que este saber parece locura e insania. De este mal sufrió el Ingenioso Hidalgo Don Quijote, cuando regresaba a su aldea "vencedor de sí mismo" según expresión de Sancho su escudero.

Es el amor la clave del ser. Con razón dice San Juan de la Cruz, el príncipe de los poetas: "En el atardecer de la vida, seremos juzgados en el amor".

Todo lo hice con amor y por ésto estoy seguro que lo hecho perdurará y será trascendente.

Muchas gracias,

LUIS ALFONSO VELEZ CORREA, M.D.

Medellín, 30 de junio de 1993